

riormente descrito. Las muchas estatuas de reyes que de aquel tiempo hasta nosotros han llegado — como prueba reproducimos aquí la estatua de granito de uno de los muchos Sebakhotepts de la décimatercera dinastía — revelan un dominio mas seguro y en parte mas digno de admiración de la técnica, pero falta en ellas lo individual y característico, la vida real. Lo mismo podemos decir de los dibujos de los sepulcros, por muy excelente que sea en ellos el trabajo de los detalles, como sucede por ejemplo en Benihassan: en ellos sigue dominando la rutina, la copia. Ciertamente que se ha modificado la regla de las proporciones, apareciendo las figuras mas esbeltas que en el Antiguo imperio, pero no por esto se encuentra el artista menos ligado que antes: la frescura de vida que animó los comienzos del arte se ha perdido para siempre, y siempre es el mismo precepto fijo del dios Thot el que indica al artista lo que tiene que hacer. La inscripción funeraria del «director de los canteros y escribientes de los trabajadores en metal,» Mertisen, que ejerció su arte durante la undécima dinastía, nos ofrece un ejemplo palpable de la dignidad con que el artista considera su trabajo. «Conozco los secretos del lenguaje de los dioses — dice — pues yo era un perfecto escultor en mi arte.» Refiere luego su habilidad para hacer figuras esculpidas de toda clase — desgraciadamente las frases detalladas de la inscripción son completamente ininteligibles — y termina diciendo que posee un invento que nadie puede aplicar mas que él y su hijo mayor (1). Como se ve, los antiguos maestros tuvieron y guardaron sus secretos como los artistas modernos.

Restáanos tan solo echar una ojeada sobre el desenvolvimiento religioso de la época que acabamos de estudiar.

CAPITULO IV

DESENVOLVIMIENTO RELIGIOSO. — COMIENZOS DEL MONOTEISMO SOLAR

En la gran masa del pueblo egipcio las ideas religiosas del imperio Medio no se diferencian esencialmente de las que hemos examinado al estudiar la época de las pirámides. El espíritu religioso, sin embargo, ha cundido; se ha hecho mas frecuente la costumbre de poner á las personas nombres tomados de las divinidades — esto no obstante, son profanos los nombres de Usertes y de Antef que con tanta frecuencia encontramos, — el número de sacerdotes parece ser mayor y mayor es tambien el patrimonio de los templos; el culto es mas brillante y los edificios religiosos son mas magníficos. Acerca de estos últimos ya hemos hablado y en cuanto al culto podemos citar el hecho interesante de que el citado funcionario del tesoro, Sehoteptabre, dice hablando de sí mismo «que en las funciones religiosas de la casa de oro (santuario del templo) representó, en el misterio del Osiris de Abydos, al hijo amado» (2).

Para el vulgo de los adoradores la esencia de las divinidades no ha sufrido modificación alguna importante: cada egipcio considera al «dios de su ciudad» como el sér mas poderoso. En las ya citadas fórmulas de las estelas funerarias se excita regularmente á los viandantes á que rueguen al dios de la ciudad por los muertos. Allí donde se adoran varios dioses, se confunden primero en la idea popular y luego en el culto los unos con los otros; así por ejemplo, en Menfis los dioses Sokar y «el de Tanent» se consideran como formas de aparición del dios principal Ptah: ya en tiempo de la sexta dinas-

(1) Lepsius: *Cosas escogidas*, tabla 9; véase Brugsch: *Historia*, página 170.

(2) Mariette: *Abydos*, tomo II, 25, línea 3.

tía el sumo sacerdote del Ptah y de Sokar se denomina «el piadoso ante Ptah Sokar» (3). Además ha sido plenamente reconocido el dogma teológico de que todos los dioses principales son divinidades de luz, y muchos dioses locales son general y aun oficialmente considerados en el culto como formas de aparición de aquellas divinidades. De la misma manera que Tum de Heliópolis se ha confundido, hace mucho tiempo, con Ra, Amon de Tebas — el señor del templo «trono de los dos países» de Apet, es decir, del templo de Karnak — es ahora idéntico á Ra formando el Amon-Ra (4), y de la misma manera Chnum de Elefantina, Min (Amsi) de Koptos, es considerado como una encarnación de Horo que derrota á los enemigos de su padre (5), etc. Por otro lado el perfeccionamiento y la compilación de la historia de los dioses hacen que los dioses, cuando se habla de su destino, sean concebidos de un modo completamente favorable como antiguos soberanos en la tierra que, despues de haber realizado muchas y muy admirables hazañas, subieron al cielo; de la misma manera que los actuales reyes despues de su muerte llegan á ser dioses. Donde por primera vez encontramos consignada esta idea es en el botiquín de la esposa del rey Mentuhotep, en el cual se habla sencillamente del «bienaventurado rey Thoth,» cuyas sabias sentencias estimulan la acción de las medicinas. A pesar de esto no hay que creer que esta historia extraordinariamente clara de los mitos influyera para nada en las creencias religiosas, pues aun cuando algun rey sea citado como uno de los dioses, siempre subsiste entre ellos una gran diferencia. Otra consecuencia de la teología mitológica es que las figuras de la historia de los dioses, en un principio puramente cosmogónicas y mitológicas, aparecen ahora tambien en el culto y son invocadas en las estelas sepulcrales, por ejemplo Qeb «el anciano, el príncipe de los dioses» (6). En los posteriores tiempos, algunas figuras, como la de Isis, llegan á ser las mas populares divinidades de Egipto.

Varios ejemplos nos han demostrado ya que las ideas acerca de la vida despues de la muerte no diferian en nada esencial de las del tiempo de las pirámides. Los magnates procuran asegurar en el otro mundo la continuación de su cómoda existencia terrenal, al paso que en la generalidad del pueblo aparecen en primer término las ideas mas generales de las doctrinas de Osiris. «Vosotros que vivís en la tierra — dicen las exhortaciones de las estelas mortuorias — que deseais vivir y odiáis la muerte, no podeis gustar los frutos de otro país, sino los que serán depositados en vuestras tumbas» (7). Cada uno se asegura la duración eterna de su nombre y con ello la continuación de la existencia por medio de las estelas funerarias, principalmente por las que se construían en Abydos (8): por medio de la fórmula de los muertos se procuran las provisiones suficientes de manjares y bebidas y la participación en los sacrificios que se ofrecen en los altares de los dioses. Y así como en el Antiguo imperio se ora «para emigrar á los hermosos senderos por los cuales circulan los hombres piadosos,» de la misma manera á la sazón se desea entrar en el séquito de Osiris, navegar hácia Abydos en la barca de los dioses y contemplar los misterios de Ra. La dama de

(3) Sokar se unió muy pronto con Osiris formando la divinidad Sokar-Osiris. Lepsius: *Monumentos*, tomo II, pág. 118, donde se le menciona al lado del «Ptah de la muralla del Sur.» Despues resultó de aquí un dios Ptah Sokar Osiris.

(4) Mariette: *Karnak*, 8. *Catal. d'Abydos*, 1, 340.

(5) *Catal. d'Abydos*, 813, y en muchas otras partes.

(6) Mariette: *Abydos*, tomo II, 27 a, *Catal.*, 625.

(7) Louvre, C 26.

(8) «Esta estela está hecha por el jefe de gabinete del tesoro, Sesset, porque deseaba que su nombre durara en la escalera del gran dios.» Louvre, C 5. Se encuentran con frecuencia otras análogas.

la corte, Tani, espera ir á Abydos «en aquel día del cual nadie habla (es decir, el día de la muerte), entrar en el mausoleo, ver los secretos, subir en la barca santa, y navegar por las aguas en el buque de los dioses, descendiendo luego en los verjeles de Ra, en el país de la vida. Entonces recibe flores para adornar sus ojos y su nariz y plantas para su cuerpo. La diosa Tat le da vestidos que ha recibido de Horo el día en que éste se apoderó de la corona (1).»

Si añadimos que, como en el Antiguo reino, el muerto se alaba de su correcta conducta moral («hice lo que gusta á los hombres y es agradable á los dioses,» etc.) (2) y de su amor á la verdad, podremos afirmar que para la masa de los egipcios, durante el imperio Medio, se presenta mas espiritual y elevada la idea de la vida despues de la muerte y aparece mas rechazada la noción crasamente materialista. Sin embargo, todavía no puede prescindirse del medio mágico, del rezo de las fórmulas mágicas de la doctrina de Osiris, hecho por el cherheb, y muchos particulares hacen escribir en sus sepulcros los textos de hechizos que ya conocemos (3).

El pensamiento religioso ha seguido entretanto su camino. De las ideas religiosas que dominan en el Antiguo imperio, se desarrolla ahora la doctrina secreta de la unidad de esencia de todos los dioses, del dios del sol único que domina el mundo, al cual es idéntico el hombre por su modo de ser, y con el cual vuelve á unirse despues de muerto.

El impulso externo que dió movimiento á esta evolución fué el cambio sufrido por la teología que convirtió á casi todos los dioses principales de Egipto en dioses solares y á todas las diosas en divinidades celestes, considerándolas ora como madres, ora como esposas del dios del sol. Por otro lado, la especulación lleva á la creencia ó mejor dicho quizás, dado el modo de pensar de los egipcios, al conocimiento de la omnipotencia del dios del sol: de éste emana toda la vida, ante él no puede haber otro poder; á él le saludan con júbilo los hombres y los dioses cuando nace por la mañana; él se ha hecho en seguida soberano vencedor, y cuando está solo y único radiante de majestad en medio de la bóveda celeste, engendra de la diosa el hijo, que es el dios del sol del día siguiente y que por su esencia no es sino su padre. Las doctrinas cosmogónicas vienen á confirmar esto: cuando Ra salió de las primitivas aguas, del Nunu, cesó el caos: él es el creador del mundo actual: todas las demás divinidades son sus creaciones, sus auxiliares, sus servidores, en una palabra sus formas de aparición y sus nombres. De esta manera el dios supremo fué poco á poco convirtiéndose en el único, en el solo en realidad existente.

Hoy no podemos todavía presentar detalladamente y reproducir en su sucesión cronológica los muchos errores de la especulación, todas las fases por que pasó este desenvolvimiento de ideas (4). En definitiva se viene á parar en que para las mismas doctrinas secretas, Horo y Ra, el hijo y el padre, son una misma cosa y en que el dios se engendra á sí

(1) Mariette: *Catal. d'Abydos*, 655.

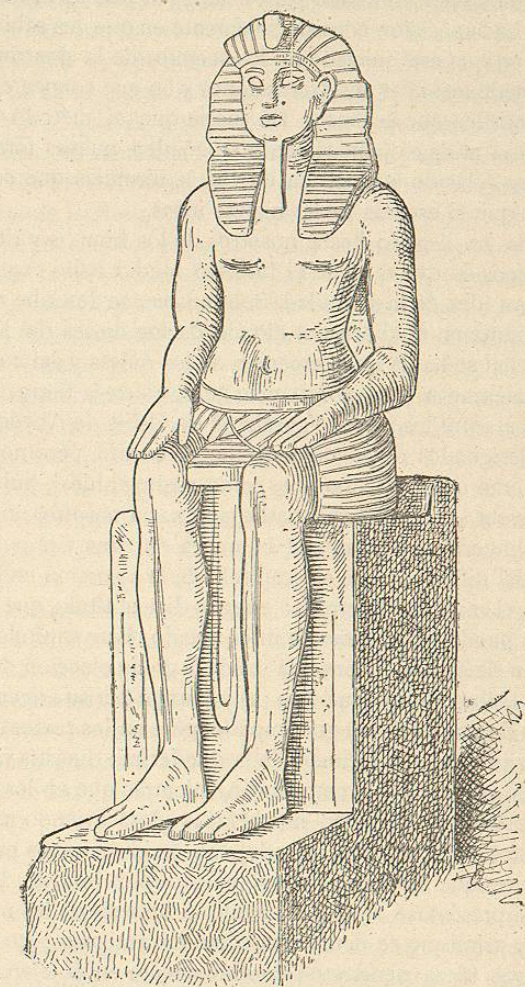
(2) Piehl: *Inscrip.*, tomo I, p. 5 B.

(3) Véanse los sarcófagos tebanos en Lepsius: *Monumentos*, tomo II, 145-148, y las tumbas y sarcófagos descubiertos por Maspero en Tebas y Menfis, en las *Mém. de la mission franç. au Caire*, fasc. 2.

(4) Para el conocimiento histórico del desarrollo de la religión y de la teología egipcias, casi nada se ha hecho todavía: las mas importantes investigaciones previas acerca del origen y perfeccionamiento de las ideas aisladas aun están por hacer. Los dibujos que circulan no están coleccionados con método y, por lo tanto, han ayudado muy poco á aquel conocimiento. En mi *Historia de la Antigüedad* he emprendido la tarea de separar los principales periodos. No he desconocido nunca que en este punto se podía precisar mucho mas, y algo he rectificado ó robustecido en la presente obra, pero no tengo que rectificar ninguno de los rasgos fundamentales allí consignados.

mismo de su propia madre, la diosa celeste, la cual á su vez no es mas que un producto, una creación del dios único y eterno. Esta doctrina no se manifiesta clara y concreta y con todas sus consecuencias hasta principios del Nuevo imperio (5), pero su evolución ha comenzado ya en los oscuros tiempos de fines de la sexta dinastía y durante el imperio Medio están firmemente fijados los pensamientos fundamentales.

El punto de partida de la nueva doctrina es Anu, la ciu-



Estatua de un personaje llamado Sebakhotept (Museo del Louvre).
Segun Perrot y Chipiez.

dad del sol (Heliópolis) y en su consecuencia al dios de ésta, Tum ó Tum'Ra, es á quien se festeja como el «uno,» el «que se crea á sí mismo,» como el «señor del círculo de los dioses» y «formador del mundo.» El egipcio no puede todavía separar sus ideas religiosas del fundamento que ofrece el culto; y aun para los mismos sacerdotes que procuran considerar al dios de su ciudad como el mas elevado y mas poderoso de todo el Egipto, seria cosa inconcebible y además altamente perjudicial renunciar á esta cohesión. Por esto la doctrina secreta va acompañada de reminiscencias de las ceremonias y leyendas del culto heliopolitano.

Por otro lado, el hombre sabio es idéntico á este dios supremo, pues por las fórmulas mágicas del ritual de los muer-

(5) La designación del dios como «esposo de su madre,» el denominar á cada divinidad amada «el gran dios (ó diosa), el señor del cielo y de la tierra, príncipe de todos los dioses,» etc.; los citados himnos monoteístas al sol, no son cosas que encontremos en el imperio Medio; los capítulos del Libro de los Muertos, como los 15 y 79, en que se expresan claramente las ideas del monoteísmo solar, no pueden ser anteriores al Nuevo imperio.